



EPISODIOS DE LA VIDA NACIONAL

REY MAGO

Estaba comiendo tranquilamente en la garita de la portería, en compañía de su mujer, pero la presencia de dos guardias interrumpió la modesta pitanza. Le conminaron a que les acompañara hasta la comisaría más cercana. ¿Alguna denuncia?, inquirió suavemente. «Doscientas cincuenta exactamente», respondió uno de ellos. La mujer no daba crédito a sus ojos. ¿Qué había hecho?, preguntó con voz trémula. El hombre no supo qué contestar... Se fueron en silencio. En la Comisaría se encontraba el director de unos grandes almacenes, donde había sido contratado como «rey mago» durante las fiestas navideñas (sus

vacaciones en la portería de la finca las aprovechaba en parte para este menester, y en verano para sustituir a un compañero) y un centenar de padres de familia, acompañados de sus hijos pequeños. Le acusaban de abuso de menores, mientras los sostenía sobre sus rodillas y le contaban los juguetes que querían... Un padre se dio cuenta del hecho... Como los niños no lo reconocían en traje de paisano, le obligaron a vestirse con el disfraz de Rey Mago que el director de los grandes almacenes llevó consigo por precaución. De esta manera todos los niños dijeron: «¡Es él!». Pero dejaron de creer en los Reyes Magos...

CARTAS ANONIMAS

La empresa se negó a subirle el sueldo. Descargó su rabia y furor escribiendo una carta anónima al director, llena de amenazas, palabras soeces e insultos groseros que se extendían a todos los miembros de la familia, salpicando a la tercera generación. Al cabo de unos días, el director, con rostro grave, acompañado por un señor que tenía el aspecto de ser inspector de policía, les reunió a todos y solicitó escribieran al dicta-

do una carta de su puño y letra, debidamente firmada, por supuesto. Respiró tranquilo porque su carta la había escrito a máquina. Al día siguiente diez compañeros fueron despedidos de la empresa y denunciados en el juzgado por «insultos y ofensas» en la persona del director. Otras ciento veinticinco cartas, escritas a máquina, quedaron sin poder aclararse su procedencia y autores de las mismas.

EL CHEQUEO

Le habían dicho que todos los americanos se lo hacen una vez al año; y los suizos también. Más valía prevenir... y aunque gozaba de una salud excelente a sus cuarenta y cinco años, se sometió a un chequeo médico, en una clínica particular. El precio le pareció elevado, pero «la salud no tiene precio» le dijo la bella enfermera que le atendió, muy sonriente. Antes de entregarle en mano el resultado del chequeo, el director del

centro clínico quiso hablar con él a solas. Sintió que las piernas le flaqueaban... No debía haber consentido jamás someterse a un chequeo. Seguro que era cáncer... El doctor, amablemente, en tono confidencial, le advirtió que el cheque que les había dejado no lo habían podido cobrar por falta de fondos en su cuenta corriente. Se deshizo en excusas y subsanó el error.

IBARROLA

